

Capítulo 1

Erika

Las cinco campanadas vespertinas del edificio de correos salpicaron el viento al tiempo que huyeron sus labios despavoridos. Inclino la cabeza escondiendo la mirada azabache. Luego, sin mirarme, acudio a mi mano intentando consolarme a la vez que musitaba disculpas inesperadas e inconexas que yo interprete como avanzadillas de infortunio. Calló y esperó mi reacción a su primera andanada.

El desconcierto de sus rodeos pueriles y, sin embargo, envenenados de tragedia, enmudecieron mis labios. ¡Era ella quien debía seguir hablando hasta el final!, hasta su última palabra, aguantando las pedradas de mis ojos.

Fue en un dulce día de mayo cuando las tardes se alargan hasta abrazarse con la luna, en un parque frondoso, habitado en sus rincones por sensibilidades sosegadas y admiradoras de milagros cotidianos, después de besarla con inagotable pasión, como lo hacía desde que ella me lo permitió, casi al poco de conocerla.

Aprovechó los importunos gritos de unos niños detrás de una pelota, a los que miró sesgadamente, para inspirar el arrojo necesario que la ayudara a continuar. En el mismo aire yo me transformaba en impaciencia con presagio agrio.

Cuando por fin alzó el semblante me espetó contundentemente la sentencia de terminar con nuestra relación. Ahora no pudo aguantar el llanto, ni yo su estocada. Pero dentro de su aparente desorden reaccionó con autoridad a mi amago de rebatimiento y vomitó, casi obscenamente, sus razonamientos de sobra ensayados.

No admitía súplica. No dejó rendijas de duda. No enarboló culpas ni culpables... Sencillamente se acabó. El pragmatismo que le caracterizaba dictó las formas. Su presencia se transformó en recuerdo antes de que la razón engullera el abordaje de mis oídos. No obstante sus prisas, tuvo la delicadeza de esperar a la reposición de mis latidos y a la coloración del semblante.

En esos instantes de oscuridad un gran dique de amor saltó por los aires y me vi arrastrado y vapuleado por el desengaño. La desesperanza me depositaba en los confines de la Tierra donde el desierto de la amargura me descomponía sin remedio. Cinco años de felicidad estaban resquebrajándose con premura angustiosa, como un terremoto preñado de ruina. Como una sentencia a muerte sin testigos, en una alevosa noche de paredón.

Intenté, en mi ahogo, explicarme con sus razones la decisión tajante e inesperada, pero una y otra vez me tragaba un abismo doloroso. ¿Por qué no intuí el desenlace? ¿Qué clase de ceguera me impidió ver que el camino se estaba estrechando? Ella lo supo antes que yo y sin embargo no avisó, no hizo señales de peligro, no dejó ver su cansancio, si ése era el motivo. Me hundía, me hundía en un cenagal de borbotones sulfurosos donde sucumbían las más fornidas necesidades de vivir. El fin llegó sin principio.

No tuvo ninguna explicación ¿o sí? mi rebelión donde proferí desatinos altisonantes e incongruentes, probablemente sarpullidos de soberbia acarreados por la humillación. Quise vengarme con tal saña que desperté su furia hasta ahora apaciguada por un atisbo de sentimiento culpable. Despertó su orgullo barriendo la agónica atmósfera que nos envolvía; su ser abducido por la cólera huyó de la comprensión. Nos atrincheramos en

una discusión avarienta, donde afloraron las enjundias pestilentes sin más tregua que los gritos.

Mi reacción rencorosa fue dejarla plantada debajo del árbol denso, nuestro testigo, que desde antaño resguardó la emoción de su presencia. Se calcinó el parque hermoso que un lejano día acogió los sentimientos incipientes de un gran amor y, ahora, su destrucción. La vulgar realidad estaba deshojando el símbolo de una unión indeleble, destruyendo el testigo de un sueño sustentado por sus caricias.

Apenas anduve cincuenta metros en mi retirada encharcada de bilis y ultraje. Paré en seco en medio de unos nogales agigantados por el miedo a perderla definitivamente. Respiré hondo. Decidí esperar a que el viento de la ira amainara dejando que nuestros juicios reposaran en el sosiego de entonces, cuando el estanque de los cisnes nos marcaba las horas como si se tratasen de minutos. Dudé unos segundos. Al cabo di la vuelta e intenté allanar la pendiente de orgullo que dejé en mi huida. Me dije que aquello no estaba pasando.

Me acerqué a ella. Se encontraba de espaldas, parecía arrebatada por el barullo de chiquillos y sus madres obsesionadas en darles la merienda. Atónito observé mi brazo derecho capitaneado por la mano dirigiéndose a su pelo con la intención de acariciarlo. Ella me esperaba. Sabía que me estaba acercando sigilosamente a su cuerpo inmóvil, expectante señuelo deseado. La algarabía de mis ojos me arrastró hasta su aroma, hasta casi enredarme en la brillantez de sus cabellos, hasta casi fundirme en sus hombros redondeados, su cuello espigado, su espalda delicada. El grito desgarrador de una loba en busca de su cachorro para que se tomara el zumo de naranja, zarandó la nube onírica alimentada por mi negación al fracaso, y me arrojó al suelo donde quedé paralizado y miedoso de ser nuevamente víctima de su ira ignota. Rápidamente desterré

la idea cándida de abrazar su mano y pasear en silencio intentando repoblar los campos desangrados tras la cruenta batalla.

Al poco rato se incorporó y abandonó el lugar de la discusión dirigiéndose hacia la salida del parque. Mientras seguía sus pasos, me decía una y otra vez que no podía permitir terminar una historia tan hermosa con un grosero desplante por mi parte; debía pedirle perdón, siquiera en justa compensación por la dicha de haber asistido juntos a los despertares de nuestros sentimientos amorosos.

Me faltaba arrojo para plantarme nuevamente ante sus ojos, en cambio la seguí instintivamente trazando un hilo imaginario de unión entre su presencia y mi arrepentimiento. Me separaba de ella una distancia prudencial que por alguna razón extraña estaba convirtiendo a Erika en una persona desconocida; nunca la había oído discutir como en este día y comencé a dudar de su reacción al atajarla e intentar disculparme por mi desagradable comportamiento. Seguramente me miraría de arriba abajo rajándome el cuerpo, demostrándome que mis entrañas estaban repletas de puerilidad, o peor aún, de cobardía por dejarla con la palabra en la boca y no encajar maduramente la ruptura.

Inesperadamente se encerró en una cabina telefónica y habló un par de minutos: sonreía. Cuando finalizó la conversación continué tras ella hasta introducirse en la boca de metro más próxima a la salida del parque. Eligió uno de los andenes de la línea dos, la misma que usábamos todas las noches cuando la acompañaba a su casa. Entró por la puerta central del vagón y yo por la primera, la más cercana al conductor. De esta forma la observaría camuflado entre los anónimos pasajeros, mientras recuperaba la hombría necesaria para abordarla y excusarme por el desalojo de mis modales, intentando dejar otra huella que no fuera la de un timorato.

Miraba al suelo. La melena morena tapaba su cara a modo de doseles opacos guardando los pensamientos. Ella era la única persona que existía en el vagón. Los demás pasajeros los imaginaba figurantes del drama coreándole a Erika en silencio atronador que nunca encontraría una persona que la amara tanto como yo. Que no hallaría otro esclavo tan sumiso a sus deseos.

Me encontraba solo, perdido. A instantes me envalentonaba y a ratos me acobardaba sin perder el ensueño de abrazarla de nuevo.

Efectivamente bajó en la parada cercana a su domicilio. Me prometí que cuando alcanzáramos la superficie la detendría para disculparme de mi ridícula reacción ante la exposición coherente, meditada y adulta que ella intentó hacerme y yo interrumpí ciego de insolencia y embrutecimiento. No permitiría que esa noche se acostara con el recuerdo de mis últimas palabras, ni con la sensación de haber perdido el tiempo en los cinco años que duró nuestra fantasía.

Aceleré el paso porque se acercaba la esquina de su calle; el portal de su casa se encontraba a escasos metros después de girar a la derecha. Cuando quise llamarla antes de que virara me detuvo la sorpresa de su rumbo, puesto que siguió andando en línea recta. Frené en seco dejando que ella aumentara nuevamente la distancia que nos separaba y me brincó la curiosidad de saber su destino: continué detrás de ella.

Caminaba firme, decidida, más deprisa después de mirar su reloj. Por último arrancó en una suave carrera y alzando el brazo saludó a alguien, mostrándome el final de su viaje. Un hombre alto, rubiales, le devolvía el saludo y se acercaba a ella con manifiesta alegría. Se besaron en los labios mientras la estrechaba por la cintura y ella lo cercaba por el cuello. Erika alegre y él agradablemente risueño hablaron unos segundos como

decidiendo dónde querían ir, sin romper el abrazo. Cuando el hombre levantó la cara señalando un lugar en la dirección que yo me encontraba, estando ella aún de espaldas, me topé con la mirada de nuestro profesor de literatura: una persona estupenda y empeñada en descubrir la personalidad de sus alumnos a través de la lectura. Me minimicé y quedé turulado. Durante unos segundos nos quedamos escayolados. Ni una brizna de intención en saludarnos, estaba tan sorprendido como yo, pero aguantó el tipo durante los instantes que transcurrieron entre mi pasmo y la decisión de darme la vuelta y salir corriendo, porque me sentía un lerdo en la corte del rey Arturo.

Me juré que jamás sabría Erika de mí. Yo de ella sí: cada vez que rozo con la memoria el desgarró del desengaño en un día dulce de mayo.

Es insultante adivinarse relegado por la vida, marcado con el inmisericorde estigma del fracaso. Sentir que el cosmos del azar le escoge a uno sin previo aviso para lanzarle al tiovivo humano, a sabiendas de la incompetencia para vivir. Pertenezco a la masa insensata que aspira al bienestar de los escogidos, pero que irremediabilmente termina hundida en la poza de la intranscendencia.

¿Cómo habrían llegado a congeniar el profesor y Erika? Lógicamente tuvo que haber un proceso en el que intercambiaron primero opiniones, luego conversaciones más o menos largas, para finalizar confesándose intimidades que dieron lugar a la confianza y al descubrimiento de su atracción. Mientras tanto yo, ignorante, pululando entre los dos.

¿Qué estaba haciendo yo durante ese proceso? ¿Qué no estaba haciendo ella y yo no adiviné? Ciego de mí, no vi cómo la felicidad se escapaba gota a gota, beso a beso. Ahora no recuerdo nada en concreto que ella echara en falta o me estuviera anunciando

que yo obviara, quizá porque nuestra relación rodaba con la inercia de lo sobreentendido, como el pabito de una vela, ardiendo parsimoniosamente hasta consumir la esencia que lo abraza.

Por la noche la cama se me hizo una balsa a la deriva en un cauce bravío. A partir de lo visto hoy ¿cómo debería comportarme en el instituto? ¿Saludar a Erika de soslayo como si nada hubiera pasado? ¿Y al profesor? ¿Cuál debería ser mi comportamiento en la clase de literatura cuando me encontrara atrapado entre ellos? ¿La del vencido sometido al invicto con el rabo entre las piernas? El hecho irrefutable era la amargura del abandono recorriéndome el espinazo como un intenso helor mortuorio. ¿Quedaba alguna alternativa?

La mañana siguiente llegó sin rutina. La marquesina de la parada de autobús donde me habría apeado para ir al instituto parecía barruntar mi destino; su semblante desportillado, pintarrajeado, anodino, eran señales inequívocas de mis futuros pasos. Se cerraron las puertas del vehículo después de descargar a los cuerdos y esperanzados..., a los elegidos. Seguí sentado mientras la parada que me recibía todas las mañanas se alejaba de mi futuro con parsimonia de procesión e indiferencia de olvido. Los dos sabíamos que ya no buscaría su resguardo, ni vería más sus anuncios emparedados entre los cristales cuarteados por el gamberrismo cotidiano.

Fue en el último curso antes de entrar en la universidad, cuando explotó mi existencia. Estaba tomada la decisión de hacer una ingeniería. No tuve valor de enfrentarme a la lapidación de los compañeros chismorreando mi separación de Erika y, menos aún, ser testigo de la secreta relación entre ella y el profesor de literatura. Tampoco estaba calculado el disgusto de mis padres. Y sí, definitivamente mayo dejó de ser hermoso.

La década de los setenta empezaba en la próxima esquina. Los libros de las asignaturas correspondientes de ese día los tiré a una papelera quedándome tan solo con el inseparable cuaderno cuadriculado de tamaño folio, donde bajo el camuflado título de “apuntes”, guardaba en tinta algunas quimeras y sentimientos inconfesables. Sabía que tarde o temprano lo iba a necesitar.

Después de abandonar el autobús eché a andar instintivamente hacia un lugar opuesto a la cotidianidad, hasta llegar a los arrabales de la ciudad. En una gasolinera supe con agrado el destino de aquella carretera que horadaba el horizonte y, titubeante, me planté en ella con el dedo pulgar de la mano derecha pidiendo clemencia.

Pasó más de una hora hasta que un coche se detuvo unos metros más adelante con la intermitencia encendida: me estaba esperando.

—Hola, chaval. ¿Adónde vas?

—Quisiera llegar hasta la costa.

—Un poco lejos ¿no crees? Pero sube de todas formas, que algunos kilómetros te podré llevar.

Una vez sentado en el vehículo mi decisión de poner tierra por medio entre el ayer caótico y yo, estaba en marcha.

Inexplicablemente, en vez de orgullo o placidez sentí una llamada abriéndose camino desde mi estómago hasta la garganta abrasando las cuerdas vocales, mientras unas fracasadas lágrimas barruntaban mi futuro. Durante unos instantes apreté los ojos con la excusa inútil de no ver hacia dónde me dirigía. Me encontraba solo, sin nadie a quien explicarle mi decisión buscando la comprensión o la reprobación más colérica;

cualquier de las dos me servía. Necesitaba que el coche fuera una centella. Ansiaba salir cuanto antes de ese mundo conocido y destruido por una frase. Abandonar mi ser envejecido por un sentimiento.

—Y dime, muchacho. ¿Vives en la costa, o vas a ver algún familiar?

Una pregunta inoportuna, indeseada, odiosa. Pero aquel tipo jovial no tenía la culpa de mis razones. Debía forzar la amabilidad, siquiera como agradecimiento.

—Voy a buscar trabajo—. Fue lo primero que me vino a la cabeza.

—¿En Madrid no encuentras nada? Pues ya es raro.— El muy chismoso continuaba con indagaciones absurdas. Pensé que seguramente me recogió para paliar la soledad de la carretera, donde la muchedumbre de coches encapsula las personas aislándolas de la humanidad.

—Cada uno tiene sus manías.— Le contesté cansino.

—Tranquilo hombre. No pienses que me importan tus motivos, cada uno es dueño de su vida. Simplemente lo pregunto por hablar de algo, como vas tan callado...

Le dirigí una media sonrisa de cortesía.

—Entonces no tienes prisa. Quiero decir, que lo mismo te da llegar a una hora que a otra, ¿no? Si quieres, paramos un rato en mi casa que está cerca de aquí, tomamos un café, descansas y quién sabe..., hasta te podría acercar a donde quisieras.

Según me estaba proponiendo su plan, con la mano derecha apretó la parte alta de mi rodilla, casi el muslo, a la vez que adornaba su boca con una mueca vampírica. Lo

miré fijamente. No entendía nada. ¿Qué estaba sucediendo? ¿Qué clase de surrealismo estaba envolviendo el coche?

—Qué, ¿te apetece? —, seguía insistiendo casi con la baba caída, alentado por mi silencioso desconcierto.

Lo enganché con una fuerza desconocida del cuello de la camisa. Estaba dispuesto a clavarle el puño en la nariz:

—¡Retira inmediatamente la mano de ahí o te doy un puñetazo que sales del coche sin abrir la puerta! Insistí: ¡Para el coche o te juro...!

Temblaba: ¡Bueno, hijo, bueno!, no te pongas así; tan sólo era una oferta. Tampoco es para tanto...

—¡Que pares de una puta vez, coño!

Me bajé del vehículo descargando la furia en un sonoro portazo, haciendo que el pequeño utilitario temblara. Me acordé de las veces que vi a individuos de esta calaña merodeando por el instituto en busca de carne fresca. Nos reíamos de ellos porque íbamos en grupo y nos parecía gracioso, pero ahora yo estaba sólo y acribillado por la sinrazón: estuve en un tris de machacarle la cabeza.

Calculé en unos quince o veinte kilómetros la distancia recorrida: seguía en Madrid. Aún se distinguían algunos edificios emblemáticos entre la neblina de la distancia. El lastre de la añoranza tiraba de mí; pero el ultraje y la ira tenían más fuerza.

¿Has visto, Erika? No sé qué está pasando. Este odio, la violencia, el deseo irrefrenable de destruir. He tenido que sobreponerme para no ensañarme con el

maricón ése. Por poco no paga estos desvaríos que me inundan desde ayer. ¿Te das cuenta por qué no puedo quedarme? Necesito algún sitio donde esconderme de ti y tus consecuencias.

Pasaron tres o cuatro horas hasta que un camión me transportó prácticamente hasta la mitad del camino. Eran las dos de la mañana cuando paró su vehículo y el camionero me dijo que su viaje concluía ahí. Le di las gracias y seguí andando por la carretera intentando parar las luces que pasaban a una velocidad endiablada. Hacía mucho frío. Cansado, sin comer ni beber y aterrorizado por la envoltura negra que cubría mi alrededor, decidí refugiarme entre unos matorrales leñosos apostados en el borde de la carretera, con el propósito de esperar el día. Lloré angustiosamente.

No aguanté ni quince minutos. A pesar de estar en mayo un aire frío arremolinó mis temores y las ramas de los inseguros arbustos donde intenté acurrucarme. Me arrojé nuevamente al camino de asfalto buscando desesperadamente alguna persona de bien. Temblaba mientras mi brazo extendido hacía aspavientos a los pocos vehículos que pasaban a esas horas. Ya desahuciado por la esperanza hice señales con los dos brazos, arriba y abajo, hasta que por fin escuché los atronadores frenos de una inmensa carroza celestial.

Capítulo 2

Calablanca

Las primeras casas de Calablanca despuntaban a la par con el amanecer. La población la conocía por el reclamo del escaparate veraniego de una agencia de viajes, al lado de mi instituto; aunque lo cierto era que las modestas construcciones que fui atravesando con el último camión que me recogió en la capital de la provincia, Torrebelda, no se parecían en nada a las majestuosas torres rodeadas de palmeras besando el mar, pintadas en los folletos.

Me despedí agradecido del camionero que me dejó en aquel lugar, que se suponía meta de veraneantes pero que a estas horas y entre estas casas no proliferaban. Mis piernas algo temblorosas esperaban la decisión de andar. Me hallaba lejos del engaño, de la culpabilidad, del fracaso..., lejos del Madrid ladrón de mi cordura. Ahora, ¿qué debía hacer? ¿Qué buscar?

Sentí la mirada de los primeros transeúntes madrugadores pidiéndome explicaciones, reprochando mi conducta, como si fueran emisarios del instituto con la orden de sojuzgar mi vida.

Esperé al sol para decidir mi camino. Para entonces las calles se fueron normalizando de habitantes domésticos absortos en sus destinos y en sus cháticas intrascendentes, mientras barrían las puertas de sus casas. Sentí hambre. Mi primer instinto en parajes extraños. Mi primer deseo vulgar y mi primera búsqueda en aquel lugar desconocido que ahora pretendía hacerlo mío.

Eché los pies por una calle que parecía algo más ancha que las demás, acaso por disponer de aceras, aunque raquílicas, por donde enfilarse en busca de algo que digerir. En las casas blancas sin aspavientos de riqueza parecía habitar la soledad, con sus persianas marrones ocultando la vida. Desemboqué en una plazuela creada por los caprichos de las construcciones que la circundaba, donde encontré un bar detrás de una puerta de cuarterones acristalados, algo desvencijada y remarcada de pintura verde. Advertí su presencia por una banderola de una marca de refrescos pendiendo de la pared, anunciando descuidadamente: “Bar Antonio”.

El chillido de la portezuela al abrirse alertó las cabezas de los escasos moradores, como si un rugido de civilización intentara engullir su satisfecha subsistencia.

Pedí un bocadillo sin mucha decisión a un muchacho sonriente que detrás de la barra controlaba por su nombre a cada uno de los mirones, persuadiéndolos con graciosos chascarrillos y por lo bajini, de que yo no era una atracción de feria. ¿No? Cuando terminé me fui con la misma soledad que entré.

Aplacada el hambre, bajé a la playa donde residían torres de balcones multicolores pidiendo inquilinos desinhibidos. Ahora el paisaje sí remedaba al folleto de la agencia de viajes. Se hablaba un idioma diferente al del bar donde desayuné. También las personas eran distintas. No había mujeres barriendo sus trozos de acera, sino camiones con escobas automáticas lustrando las calles repletas de anuncios polícromos, chillones. Al contrario de las soledades de arriba, aquí era todo bullicio, a pesar de ser media mañana.

Me entretuve con el sol, con la arena, con la inmensidad azulada y callada, con el cosquilleo de tímidas olas desentendidas de mi presencia. Sólo me atreví a descalzarme

para hundirme en el inmaculado manto de la orilla después de maquillarse con el vaivén del agua. Transcurrieron las horas dejándome llevar por el ritmo de la marea hasta casi borrar las razones de mi desembarco, en aquel puzle de espumas blancas y vacíos soleados.

De nuevo me sobresaltó la incomodidad del hambre, debían ser casi las tres de la tarde. Otro bocadillo, otro peregrinar en busca de la baratura de algún antro. Me dieron miedo aquellos impostores anuncios de bares, perritos calientes, pollo frito, comida rápida... (*Snacks, hot dog, fried chicken, fast food...*), formando bosques pegajosos de mentiras embotelladas en plástico, y, quise volver al principio, a lo conocido, al hogar imaginario. Subir al Olimpo de la sencillez, al gueto de lo acompasado, al gulag del silencio. Por suerte, después de perderme unas cuantas veces y preguntar a los parroquianos, hallé el mismo bar de la mañana, poblado de seres sin esperas.

Esta vez me senté en un taburete para descansar del esfuerzo por olvidar. Esta vez sí se atrevió el muchacho sonriente a decirme que se llamaba Antonio, el mismo del cartel pendular de la fachada y, como me temía, se atrevió a preguntar por mi vida. En un primer lance zigzagueé con evasivas pero el cerco al que me sometió dio sus frutos y, vomité mi desespero y la intención de intentar trabajar para rehacer mi vida.

No entiendo cómo pude desembuchar mi gran secreto como si fuera un chascarrillo de modistillas. Seguramente la amargura me traicionó. Para mi sorpresa, Antonio tomó mi desesperanza como una anécdota y sin embargo sí manifestó su preocupación en lo de trabajar. A estas alturas de la temporada ya estaba todo el pescado vendido. No obstante me comentó que echara un vistazo a la Plaza Mellada, donde había una especie de oficina de empleo original, al aire libre, donde carteles mecanografiados ofrecían trabajo.

El lugar tenía algo peculiar, quizá siniestro, camuflado entre el bullicio aparentemente anodino. Estaba poblado de miradas dobladas, casi asesinas, acechando los movimientos de los patronos cuando colocaban sus carteles pidiendo trabajadores. Se compraba y vendía lo inimaginable: sirvientes para el campo, mamporreros, albañiles, barrenderos, repartidores, pescadores, estibadores, chaperos, putas, jardineros, basureros... Intenté acercarme a una de las hojas pegadas a la pared y fui despedido con agresividad hambruna, amenazándome incluso con romperme las piernas si no me largaba de allí. Los capos caseros habían multiplicado sus tentáculos a través de los ojos hundidos de sicarios baratos, salivando por la comisura de los labios como cánidos rabiosos. La realidad era que si deseabas algún trabajo tenías que ir a una de las mellas de la plaza, rincones de la misma conquistados por mafiosos, a comprar las demandas laborales a cambio de un porcentaje sobre el sueldo. El negocio parecía floreciente para estos desalmados.

—Se me olvidó decirte que tenías que aprovechar las rondas de la policía para acercarte a los carteles. Es la única forma de conseguir algo sin pagar—. Antonio parecía burlarse de mí cuando me advertía sobre la forma de actuar. Tal vez serían sus labios que se torcían al hablar, como si la sonrisa se le fugara por el lado izquierdo, dando la sensación de estar mofándose del interlocutor de turno.

No llevaba ni dos días en aquel lugar y sin embargo estaba intentando actuar como una persona del lugar, buscando un trabajo de cualquier naturaleza. A esa misma hora yo estaría a punto de terminar la segunda clase del día. Iríamos al bar Santisteban donde nos esperaba un pincho de tortilla de patatas con un café con leche, y aún nos daría tiempo de decir cuatro gilipolleces a las compañeras. En casa me esperaba la comida de mi madre.

Esperé un buen rato, quizá un par de horas a que un coche policial hiciera su entrada triunfal en la plaza. De pronto los buitres volvieron a sus rincones y como feligreses acudiendo al tañido de los anuncios, nos fuimos acercando los desgraciados con desconfianza y miedo porque los chacales nos acechaban, inventariando siniestramente nuestros rostros temblorosos.

Tampoco conseguí nada. La inexperiencia me impedía moverme con los reflejos suficientes entre aquellas listas miserables a cambio de jornadas interminables. Los propios demandantes se transformaban en jaurías intentando abrirse paso a dentelladas hasta el cartel de la oferta.

Me largué de la plaza con la soberbia del que hacía poco vivía en la ignorancia de la escasez, y con ardor en las pupilas, viendo que las murallas de Jericó no caían tan fácilmente.

—Eres nuevo, ¿verdad?

Me volví hacia una melena oscura y unos ojos penetrantes incrustados en una cara blanquecina, sin sol, pero con desparpajo. Esbocé una sonrisa afirmando con la cabeza y seguí andando. Tal vez quisiera darme otro consejo de experiencia, pero no tenía ganas de que nadie más supiera de mí.

Preferí deambular sin rumbo fijo buscando alguna casualidad laboral. Nada. Al final terminé aferrándome al bar de Antonio a mi pesar; era lo único conocido en mi presente desfigurado. Me trató algo más compasivo cuando me dijo que aunque era muy difícil, podía intentar a la desesperada preguntar por los bares, cafeterías y hoteles de una zona determinada pero, que lo mejor sería dar media vuelta e irme por donde había venido —

Seguro que es un lugar acogedor y fiable—, me dijo con la boca desigual y las pobladas cejas. No se equivocaba.

Los días pasaban impertérritos, lentos, vacíos, tambaleando los resortes del orgullo. Antonio empezó a fiarme la comida, para disimular sus invitaciones caritativas.

Un buen día el destino se alió con la suerte, con la casualidad y encontré un hotel clavado en un altozano de Calablanca. Después de picar más puertas que un sufrido testigo de Jehová, atisbé cierta esperanza.

—Trabajo, trabajo...— Cavilaba un hombre escrupulosamente trajeado y aislado en la lujosa recepción de mármol negro, vetado de exclusividad.

—Pues ahora que lo dices creo que en el economato tienen que cubrir un puesto. Al menos eso oí el otro día. No sé nada más. Mira, tienes que salir a la calle, das la vuelta al hotel por la derecha hasta encontrarte con una rampa, bajas por ella y al final verás una puerta con el rótulo de “almacén”. No tiene pérdida. Allí preguntas.

Golpeé la puerta con ansiedad reprimida, con fruición de obseso, hasta que un muchacho algo obeso, vestido con una bata azul abrió.

—Buenos días...

Me contestó secamente:

—¿Qué quieres?

Le conté que me mandaban de la recepción del hotel para cubrir el puesto que necesitaban, queriendo dar más solidez a mi visita.

—No sé. Espera.

Antes de darse la vuelta indagó unos instantes por mi geografía. Acto seguido entornó la puerta y se esfumó en la oscuridad de la estancia.

—Señor Santiago, hay un chaval fuera que pide trabajo.

Oí perfectamente el mensaje. Apreté los ojos conjurando la respuesta afirmativa.

—Está bien Ramón, dile que pase.

—¡Oye tú, pasa!

—No hace falta que des esas voces, ¡coño! Vete hasta la puerta e invitas a quien sea a pasar sin tanto escándalo; joder, Ramón, te lo he dicho muchas veces.

El tal Santiago se enfadó vivamente, lo tomé como un mal presagio.

—Hola, como estás, me llamo Santiago.— Me alargó la mano mientras medio se incorporaba de su asiento, detrás de una mesa de oficina.

—Muy bien, gracias. Me llamo Lucas.

Le contesté atentamente y con deseos de causarle buena impresión. Máxime después de oír la bronca que le echó a Ramón. Me quedé de pie e inmediatamente con un ademán de su mano me invitó a sentarme enfrente de él. Estaba claro que mandaba en aquel lugar.

—Bueno, hombre, bueno. Así que buscas trabajo. Santiago dio comienzo a una escena que siempre recordaré grimosa.

—Sí, señor.

Los nervios me encharcaban la piel anormalmente si bien la temperatura era más bien fresca en el recinto.

El hombre que tenía delante imponía por su presencia grandullona. La cabeza rematada de un rubio mate apenas tenía entradas, sus ojos claros y expresivos daban a su rostro redondeado un aire respetable; y su cuerpo grueso sin llegar a ser obeso como su empleado, quizá un poco dejado en kilos, denotaba la satisfacción del cargo. Si me hubieran dicho que era el dueño del hotel me lo habría creído, tal era su porte. Gran fumador, a juzgar por el cenicero rebosante de colillas y sus dedos índice y corazón de la mano izquierda de color azúcar quemada; en ese momento sostenía un cigarro a medio consumir. Seguramente no había cumplido los cuarenta años.

—¿Eres de por aquí?

Continuó preguntando Santiago.

—No. Vengo de Madrid. He llegado hace pocos días.

—¿Y qué se te ha perdido por este lugar?

—Nada en concreto, creo que es un buen sitio para buscarme la vida... Pretendo olvidarme de la pesadez de la gran ciudad. Por estos lugares parece que se vive más tranquilo.— No sé si aparentaba naturalidad. Seguramente me mostré un poco ñoño. O quizá la estaba pifiando. Un vaso de agua o una distracción entre las manos hubieran evitado la cursilería de la respuesta.

—¿Tranquilidad? Ni que fueras un viejo buscando sopitas y buen vino.— Parecía que Santiago se enfadara.

¿Cómo le decía a esa seriedad de persona que me había escapado de la capital buscando no sé qué? No me quedaba más remedio que aguantar y que el destino jugase sus cartas. ¿Mi táctica?: que él hablase lo más posible y yo a escuchar con los dedos cruzados esperando la suerte.

Me encogí de hombros ante su expresión irónica y permanecí callado.

—¿O es que eres un culo de mal asiento?— El jefe no aflojaba las averiguaciones.

—Pues ahora que lo dice usted..., algo de eso hay. Me gustaría conocer otros lugares otras gentes, porque estoy un poco harto de la capital, como le he comentado antes.— Mi psicología parda me advertía que la cháchara de café estaba llegando a su fin. Efectivamente...

Escribió algo en un papel. Quedó pensativo durante unos segundos, levantó la cabeza y a bocajarro preguntó:

—¿Te persigue la policía? ¿Huyes de algún sitio? Mira que rápidamente me enteraría de todo. Porque aquí hacemos contratos a todos los empleados y eso significa pedir informes a la poli. ¿Me entiendes?—. Sin quererlo, creo, parecía amenazarme con las cejas arqueadas y los ojos tensos, endemoniados, buscando en la emboscada de la pregunta una respuesta franca.

—Sí señor... Sí. Claro que le entiendo y por eso no tiene que preocuparse. Tan solo busco trabajo. Nada más.

Mientras decía esto Santiago subía los brazos como si me apuntara con una pistola. No sabía qué argumentar para que me creyera.

—¿Tienes estudios? ¿Experiencia en trabajos similares? ¿Me puedes dar alguna referencia?

—No..., no tengo mucha experiencia. Algunos trabajos esporádicos en hamburgueserías, lavando platos, repartidor... durante las vacaciones para ganar algún dinero y cubrir mis gastos.

Saltó con rotundidad. —¿Vacaciones? Entonces eres estudiante.

—Pues... sí. El año que viene entraría en la universidad...

—¿Entraría? ¡Pero si estamos en pleno curso! ¿Has dejado los estudios para venir aquí?

Santiago mostraba una indignidad de padre ultrajado. De justiciero pillando in fraganti al delincuente.

—Mira muchacho,— prosiguió —no suelo meterme en la vida de nadie, pero te recomiendo que salgas de aquí. Si no tienes dinero suficiente para coger el autobús que te devuelva a Madrid, yo te lo presto, pero no tires tu vida al cubo de la basura. Es un escarnio que no aproveches la oportunidad de estudiar una carrera, un lujo inalcanzable para la mayoría de la gente, como los que trabajan aquí, por ejemplo, o si me apuras como casi toda la juventud de Calablanca. Hazme caso y vuelve a tu sitio. Como te digo, no sé ni mi importan los motivos que hayas tenido para recalar en este lugar, pero por muy malos que sean, seguro que tendrán solución y a cambio podrás continuar con tu formación. ¡Te arrepentirás toda la vida si no lo haces!

Por unos instantes me sobrevino la culpabilidad y la deshonra y quise purgar el delito que Santiago acertó sin saberlo. Flaquéé. Estuve a punto de hacerle caso, ya iba a darle la razón cuando un fogonazo sacudió mi orgullo y pensé que cualquiera no era quién para robar mis arrestos. La conversación había adquirido la tensión del desacuerdo y presentía que no había conseguido el empleo. Resignado y algo insolente contesté:

—Hombre creo que hay cosas que uno se ve obligado a hacer en la vida. Yo... no es que haya colgado los libros definitivamente, no, pero una situación personal que no le incumbe a nadie, ni repercutirá en mi buena conducta, me ha desmotivado completamente de los estudios, así que decidí tomarme un respiro; tranquilizarme. No sé... buscar otro lugar donde poder vivir anónimamente y aclarar mis ideas. Esa es la verdad de mi situación. Y no descarto, por supuesto, que algún día vuelva a retomar la vida que dejé en Madrid.

Un silencio entre nuestras sostenidas miradas estaba decidiendo mi suerte. Quizá seguramente Santiago estaba sopesando mi respuesta desde su condición de jefe. ¿Mi contestación era una insubordinación o un signo de madurez que me serviría para desempeñar mejor el trabajo? En cualquier caso sé que no entendió mi decisión. Yo tampoco, yo tampoco...

—Está bien..., me has dicho que te llamas Lucas, ¿no es así? Pues está bien Lucas. Te cuento: el trabajo es de almacenero, ¡vaya diferencia con lo que estabas haciendo, eh! Es decir, tienes que atender las solicitudes de los camareros del hotel a la hora de los desayunos, comidas, cenas, y entre horas. Previa comanda, claro está. Deberás preparar los postres cuando éstos sean de lata, como macedonia, melocotón en almíbar, etcétera; servir las botellas de vino, licor... y así toda la mercancía que se ve por las estanterías y

que por lo tanto son de nuestra responsabilidad. Existen dos turnos de trabajo: mañana y tarde; el horario de trabajo y las libranzas lo planificará el encargado que ya conocerás y te explicará pormenorizadamente los quehaceres que ahora te estoy esbozando. El sueldo y demás asuntos legales te lo dirán el mismo día de tu incorporación: si no estás de acuerdo con los emolumentos puedes renunciar sin ningún compromiso. ¿Qué? ¿Te interesa?

Aquella pregunta la tengo esculpida en las orejas: *¿Te interesa?*

Quizá la primera decisión importante de mi vida fue decir sí a ese trabajo. Se ha grabado en el recuerdo como una columna glorificando la victoria en una batalla transcendental.

—Ramón, acércate por favor.

El muchacho que no se separó mucho de la conversación, acató la orden de Santiago diligentemente.

— Como habrás oído, desde mañana Lucas formará parte de la empresa; así que esta tarde antes de irte, hablas con Honorio, es el encargado de tarde— me aclaró —para que le asigne el turno, le prepare un guión de lo más perentorio en aprender y le lleve a la oficina para darle de alta. ¿De acuerdo?

Santiago miró a Ramón pidiéndole la confirmación de “enterado” a sus instrucciones.

—Sí, señor.

—Entonces, lo dicho, Lucas; mañana te esperamos en el turno de la tarde, a las tres, que es la hora de entrada. ¿Todo claro?

Cuando obtuve lo inesperado, la quimera convertida en realidad, temblé por no saber si sería capaz de estar a la altura del hombre que mi instinto de supervivencia pintó delante de Santiago. Afirmé algo miedoso e inseguro de mi competencia.

Acababa de firmar la escisión de la vida plácida y previsible que disfrutaba en Madrid. Un hombre hecho y derecho con casi diecinueve años, con algo de tembleque, pero un hombre al fin y al cabo. Así me sentía.

Luego, como la espuma de una cerveza bien tirada, fue creciendo la rabia, el resentimiento y me vi cogiendo de la pechera al profesor de literatura para decirle pegado a sus ojos, que aunque él me había quitado a Erika, yo tenía los suficientes cojones como para romper el maleficio de su traición, buscándome otra vida y seguramente otra mujer que de verdad me quisiera. Incluso se me escaparon ademanes, muecas y expresiones de la escena vívida, casi real, que mi desespero traía a la orilla del mar, donde me acerqué a gritarle que lo había conseguido.

No obstante corrí a decírselo a Antonio, reconociendo que el bar suplantaba de alguna forma el calor, la comprensión y la paciencia del ausente entorno familiar.

Se alegró sin dejar de limpiar las huellas de los vasos en el mostrador: conocía el hotel. Me dijo que bajara la voz porque algunos de los clientes que me oyeron llevaban mucho tiempo buscando trabajo sin conseguirlo, y ahora un madrileño gilipollas había tenido la potra del primerizo consiguiéndolo nada más llegar a Calablanca. Entonces entendí sus miradas soslayas: yo era extranjero en aquel pueblo de espejismos. Más tarde Antonio me dio la enhorabuena con una caña y una tapa de chopitos.

Ya por la noche, aislado en el cuartucho triangular y minúsculo de la pensión donde pernoctaba, me di todo el bombo y platillo que quise celebrando mi proeza.

Pensé en mis compañeros de curso saliendo de clase. Quizá se hubieran muerto de envidia al saber de mi independencia, de mi conversión a hombre. Pero poco después se desinflaría la novedad y volverían a la madriguera algodonosa, a los planes del fin de semana tumbados en el colchón de la abundancia, como podría estar yo. Según mi madre, que claudicó a mi insensatez, sólo se interesaron por mí un par de camaradas. La futilidad de la vida. Cuentas si estás, de lo contrario, pasamos a engrosar el olvido.

Llegué unos minutos antes de las tres de la tarde, sudoroso y excitado por la carrera que me propiné para aventajar al agobio de no llegar a la hora: fantasear sobre el futuro me distrajo. Ramón me abrió nuevamente la puerta y una vez dentro me presentó al segundo encargado.

—Señor Honorio éste es el nuevo empleado. ¿Cómo te llamabas...? Ah sí, perdona.— se dijo así mismo antes de que yo pudiera reaccionar —Pues éste es Lucas, que ya estuvo hablando con el señor Santiago para empezar hoy a trabajar.

El muchacho con su bata azul marino hizo de enlace siguiendo un rito de jerarquías que capté en seguida. El tal Honorio no se movió ni hizo mueca alguna hasta que no le fui presentado formalmente. Lógicamente estaría enterado de los pormenores de mi conversación con Santiago. Al finalizar las presentaciones Ramón se despidió hasta su turno de la mañana siguiente.

—Encantado. Como has oído, me llamo Honorio. Soy el segundo encargado del economato del hotel. Contigo está la plantilla al completo, es decir: dos encargados, uno

por la mañana y otro por la tarde con sus respectivos mozos: Ramón y tú. Antes de empezar con las explicaciones de tu cometido vamos a las oficinas para darte de alta.

El encargado, de corta estatura, mantenía una actitud seria, displicente, forzosamente educada. O bien, le habían parido con esa pinta agria.

Se introdujo por un laberinto de pasillos; yo detrás recorría fugazmente con la mirada el paisaje que atravesábamos ligeros, sin paradas, como si fuera pegado a la ventanilla de un tren: un gran comedor acristalado cuyos puntos cardinales eran el mar y la piscina, donde un par de pequeños bares redondos con techos puntiagudos de cañizo, le daban un aire tropical. Salones con tresillos lujosos y gozadores, cortinajes hasta el suelo, cuadros, lámparas...

Honorio tenía un tipo raro. Era como un pingüino, con la cabeza apoyada directamente en los hombros, sin necesidad de cuello. Andaba tieso, muy tieso, intentando disimular su baja estatura. Por detrás dibujaba una línea recta desde la coronilla calva hasta los talones, sin curvaturas destacadas. Por delante definía una parábola casi perfecta desde la frente hasta las puntas de los pies, por la papada generosa empalmando con la barriga sobresaliente.

—¿Se puede?— Golpeó con servicial educación la puerta entreabierta donde se leía “oficinas”, pidiendo entrar.

—Pase usted, Honorio, pase.

Ya dentro y con su voz grave y asombrosamente clara nacida en las profundidades de su cuerpo, me presentó al oficinista para que me hiciera el contrato y la afiliación a la Seguridad Social. Después volvimos al economato por el mismo sendero con actitud

muda, sigilosa, cuidando de no romper la atmósfera religiosa de las estancias destinadas a los clientes.

Una sinfonía de platos apilándose, cubiertos clasificándose, copas ordenándose... indicaba que todo se estaba preparando para servir la cena. El encargado de tarde clavó en un cuadro de corcho el menú para que no se me olvidara ni un segundo que uno de los postres a elegir era macedonia, que debíamos preparar nosotros. Al parecer el hotel estaba al completo gracias a los grupos de turistas concertados con las agencias de viaje.

Honorio preparó parsimoniosamente la primera tanda de copas relatando para mis oídos la ciencia de la creación según las llenaba de carnosidades multicolores y brillantes. “No desbordarlas”, “no dejar las huellas dactilares en ellas”, “observar concienzudamente cada cristal en busca de fisuras o cualquier otro defecto”...

Encima de la fila que él preparó, me obligó a llenar de macedonia la siguiente tanda de copas, y luego otra más, así hasta formar una pirámide escalonada. Hasta sentir temblor por si algún descuido las desplomara. Me corrigió mil veces y, no sonrió ni una.

Luego, como otra parte de vital importancia, señaló un cubo redondo de goma negra y asas de alambre grueso, algo más alto que mi cintura. Parecía de basura, pero me dijo que era para colocar los cascos vacíos que nos devolvían los camareros. Esta operación exigía una coordinación militar entre guardar las botellas en el cubo negro y casi simultáneamente servir las comandas de bebidas varias, puesto que el reducido lugar donde se desarrollaban ambas operaciones era el pequeño alféizar rectangular de madera a modo de mostrador en el ventanuco que nos unía con la cocina y office.

Remitido por el comedor, el primer camarero entró, comanda en mano, en el recinto sagrado compuesto por la cocina, los fregaderos y el economato prendiendo la mecha

del caos aparentemente organizado. Parecía el desembarco en una película bélica: órdenes, exigencias, camareros alocados voceando desde lejos las comandas según venían del comedor: “¡dos guisantes y un pescado...!” Gritos desde la cocina confirmando que las comandas ya estaban servidas. Puertas abriéndose alocadamente en ambos sentidos, como si un huracán las maltratara. Sartenes encendidas empuñadas por los cocineros. Ruidos ensordecedores de platos y cubiertos; intransigencias, jerarquías, complejos, vanidades, chulerías, víctimas, verdugos. La guerra de los mundos dentro de la galaxia universal:

“¡Mierda! ¡Te he dicho dos guisantes, joder! ¿Es que no sabes leer? ¡Analfabeto!”

“ ¡Estoy esperando a que me enseñe tu novia! ¡Comemierdas!”

“ ¡Necesito tenedores! ¡Te-ne-do-res! ¡Mueve el culo de una puta vez!”

“ ¡A mí no me chilles gilipollas! ¡Toma los tenedores, a ver si te ensartas las pelotas!”

Cada poco tiempo entraba el *maître* azuzando a sus camareros:

“Los clientes se están aburriendo, joder. ¡Más deprisa! A esta carne le van a salir margaritas. ¡Lléváosla de una puta vez!”.

Las hordas me arrastraron en un torbellino mientras servía las peticiones de los camareros y algunas veces también de la cocina: latas de tomate, vinos para guisar... Las botellas de licores iban y venían como bombas de mano a punto de estallar, desde mis manos a las del *maître* y de éste a los jefes de rango. Se me dislocaban los pies forzados por quiebros imposibles al buscar entre las estanterías voceadas por Honorio las

diferentes cosas que, casi siempre, me pedían al unísono varios sirvientes del comedor instigándome enloquecedoramente: “¡Vamos! ¡Vamos! ¡Vamos!”

De sopetón la artillería había cesado. Despacio, los camareros entraban en la fortificación defendida gloriosamente por los cocineros, las fregadoras y los almaceneros, despojándose de las chaquetillas blancas, aflojándose las corbatas y buscando un asiento para echar un cigarro. Comentaban los cabreos y las ojerizas que les profesaban a ciertos clientes *coñazo* y, los que se tenían entre ellos. Al nuevo, o sea, a mí, me perdonaron la vida por ser el primer día, pero al próximo querían las copas limpias y sin gotear almíbar.

—Qué os den—, les espetó Honorio a los buscapleitos, mientras me cogía por el brazo llevándome al interior del almacén y me advertía: tienes que espabilarte deprisa, éstos no perdonan ni a su madre agonizante.

—Lo haré. Usted no se preocupe. — Contesté con firmeza postiza para asegurarme el puesto.

—Está bien. Ahora barre y friega el economato.

Así de sencillo. Una simple orden en la que tuve que sujetar mi orgullo para aguantar el envite brusco de la realidad que yo decidí vivir. Había entrado en un mundo reseco, opaco, donde las mujeres se confundían con los hombres en ordinarieces, y los jefes se sentaban en la parte alta de las galeras.

